

El PRD en la fiesta de disfraces

FRANCISCO JAVIER GUERRERO

Un fantasma recorre el mundo: un fantasma de pesadilla: la izquierda globalizada y domesticada, la que va dejando de serlo a pasos agigantados, la izquierda dócil, la izquierda que en ocasiones practica mejor el neoliberalismo que sus presuntos adversarios. En México, el mejor ejemplo de esa izquierda domada y mercenaria es el llamado Partido de la Revolución Democrática (PRD), que, como señala René Avilés, no es ni revolucionario ni democrático.

Para quienes analizamos el quehacer político en México, resulta muy importante examinar la prensa y otros medios de comunicación en el país vecino, los Estados Unidos de América. En ellos aparecen noticias e informaciones sobre nuestro país que no tienen cabida en éste, debido a la censura (aunque se cacaree que en México existe la libertad de expresión, existen opiniones e informaciones que simple y llanamente son reprimidas, o bien, se presentan en medios que cuentan con escasa repercusión). En los medios norteamericanos surgen con frecuencia notas informativas acerca de trácalas y cochupos de políticos mexicanos, de ligazones de algunos funcionarios con actividades ilícitas, de la corrupción policiaca, de la impunidad de los delincuentes, etcétera.

A la vez, muy importante es el estudio de obras significativas que han realizado y realizan intelectuales en el país vecino acerca de México. No todas, por supuesto, son de buena calidad, pero entre las que sí cuentan con ésta, fácil es recordar las obras de Chomsky, Katz, Womack, Riding y muchos más. En estos trabajos los autores se libran de las ataduras de la censura en tierras mexicanas, o bien los elaboran sin buscar "hacer carrera"; es decir, sin buscar los privilegios especiales que otorgan los grupos dominantes en México a sus apologistas, como en los casos de Héctor Aguilar Camín o Enrique Krauze.

En particular, me interesa resaltar a un autor: al norteamericano William Robinson. Él escribió en los años ochentas y noventas del siglo pasado varios artículos y un texto sobre lo que denominaba poliarquía, concepto que puede ser considerado como equivalente de "democracia de baja intensidad". Robinson indicaba que la burguesía transnacional (llama así a una clase internacional en rápida formación, hoy más poderosa que las burguesías imperialistas de países singulares como Estados Unidos, Francia o Japón, las cuales a su vez forman parte de esa clase mundializada) presionó a fin de que terminaran las dictaduras militares en América Latina y en otras partes del mundo. No sólo eso: había que abrir paso a poliarquías que sustituyeran a seudodemocracias como las existentes en Perú y México. Al leer a Robinson, pude predecir sin dificultad alguna, que el criminal Alberto Fujimori caería en el país andino y que en México el despótico Partido Revolucionario Institucional (PRI) perdería la presidencia.

Ciertamente, al hacer las aseveraciones anteriores no estoy asentando que el derrumbe de Fujimori y el triunfo del frívolo y deshonesto Vicente Fox se debieran simplemente a maniobras imperialistas de las grandes potencias. El pueblo peruano estaba harto de la dictadura de Fujimori y el mexicano lo estaba del despotismo presidencialista del PRI, y luchaban por diversos medios y mecanismos, por cambios sociopolíticos importantes. Los representantes de las potencias del G67 lo entendieron bien: si las dictaduras fujimorista y priísta no caen, los conflictos sociales en Perú y México serán cada vez mayores, y América Latina padecerá una gran inestabilidad.

Por consiguiente, se apoyó el establecimiento de poliarquías, democracias de tipo representativo en donde los grupos dominantes siguen siendo los mismos (básicamente, los capitalistas financieros latinoamericanos en asociación con sus semejantes de los países desarrollados, a los cuales sirven eficazmente) y en donde la participación política de los grupos populares es muy restringida, si bien es mayor que las dictaduras y los regímenes seudodemocráticos.

Nos ubicamos, entonces, en una fiesta de disfraces. Sistemas políticos al servicio de los magnates se disfrazan de democracias. Uno de los disfraces más lúcidos es el del pluripartidismo (que termina desembocando en una partidocra-

cia). Ya don Jesús Reyes Heróles (el que realmente se llamó así), en una conversación conmigo en 1982, me señalaba que su partido, el PRI, no podía seguir gobernando como partido único, porque eso impulsaría a la oposición a seguir senderos más radicales. Su pensamiento coincidía con el de varios asesores y funcionarios del gobierno norteamericano.

Pero ese núcleo del poder debía persistir, y el sistema político no debería tener cambios estructurales; las modificaciones serían gatopardescas. En México, por ejemplo, se alega que existe un pluripartidismo. En realidad, lo que ha habido son varios procesos de clonación del PRI; ahora, además de un PRI tricolor, existe uno azul, otro amarillo, otro verde, uno más naranja, etcétera.

¿Por qué sostengo que sus colores son del PRI? Porque sus diferencias (incluso las programáticas) son mínimas, mientras que su homología estructural es notable. Los dirigentes de estos partidos conforman lo que algunos llaman clase política, que incluye también a quienes ocupan puestos públicos de importancia dentro de esas organizaciones partidarias. El sistema burocrático-gubernamental se nutre así mismo a base de altos sueldos, sinecuras, prebendas, trapacerías, sobornos, contratos estilo Mouriño, etcétera; todo un conjunto de privilegios de los cuales son partícipes los altos dirigentes y funcionarios del PRI y del Partido Acción Nacional, así como los del PRD.

Es por ello que en las elecciones internas para elegir a los dirigentes de estos partidos se generan multitud de fraudes (en el PRI y el PAN son grupos minoritarios los que eligen a los líderes, mientras que en el PRD se supone que es a base militante la que elige a los directivos. Lamentablemente, caciques y caudillos de ese partido recurren a prácticas fraudulentas para impedir que los procesos electorales sean una expresión auténtica de la voluntad de la mayoría de los militantes del partido). Hace tiempo que las elecciones del PRD ofrecen un espectáculo denigrante; quienes compiten en ellas se injurian, vituperan e insultan; recurren al robo de urnas, al “ratón loco”, a las urnas embarazadas y de más porquerías. Estos pleitos, ¿se deben a que los contendientes se hallan sumamente ansiosos de representar a los sectores populares en los organismos gubernamentales? Por supuesto que no. De lo que se trata es de gozar de los subsidios gubernamentales y de los privilegios antecitados. En la

vieja izquierda no se hacía “carrera”; en el PRD, sí: se puede ser diputado, senador, consejero electoral e incluso gobernador gozando de sueldos elevados, viajes frecuentes, “reventones”, carros de lujo con choferes expertos, casas en sitios residenciales lujosos y de veraneo, lo más actualizado en computadoras, etcétera. Los grandes capitostes de la izquierda tienen como modelo mucho más a Carlos Slim que a Carlos Marx.

En la fiesta de disfraces, el disfraz de izquierdista presentado por el PRD se va encogiéndose y deteriorando; pronto el partido tendrá que abandonar el acto festivo.

El PRD es el resultado de un triunfo popular en 1988, y muchos de sus miembros, destacados luchadores sociales, han sido reprimidos y asesinados. Es un partido que cuenta en su base con muchos militantes honestos y combativos. Sin embargo, no se puede negar que esa base se ha mostrado pasiva e incluso pasmada ante las tácticas maniobreras de la burocracia dirigente; y todavía muchas personas creen que los miembros de ésta son auténticos izquierdistas. Ha llegado el momento de convocar a esos miles de perredistas honestos a recuperar su partido y ponerlo al servicio de los sectores populares. ■



Roberto Bañuelos